

manos! Pero qué reprehension tambien para aquellos que, no contentos con lo que la Providencia les ha dado con abundancia, procuran engrosar su fortuna con la ruina de otros. En fin, continúa el Santo, el mundo fue para ellos indiferente y aun odioso: todos suspiraban por la muerte, y la pedian con votos contínuos y ardientes: aprendan, pues, de aquí aquellos que inclinados siempre al mundo, limitarían á él su felicidad, si se pudieran lisonjear de que les podía ser durable. Estos son, oyentes míos, los modelos que nos pone hoy día delante de los ojos la Iglesia nuestra Madre: modelos á que debemos conformarnos, segun nos lo permita el

estado en que nos ha puesto la Divina Providencia: y modelos en fin, que servirán para condenacion y confusion nuestra, si no procuramos imitarlos: que es la segunda parte.

En el duro combate que tuvo que sostener contra sí mismo San Agustín al tiempo de su conversion, dice, que quando la corrupcion de su corazon le representaba la dificultad é imposibilidad de dexar los placeres de una vida criminal, para sujetarse á las leyes de una vida arreglada y christiana, se le presentó baxo un aparato pasmoso la virtud á que sentia mayor oposicion: que tenia un ayre agradable y risueño, aunque su gesto era grave y modesto: que su comitiva era mas numerosa

que lo que se puede decir: que la componian personas de todo género de edades y sexôs, sin exclusion de condiciones: y que á la frente de esta tropa, la virtud, alargándole los brazos le decia en un tono burlesco: ¡O floxo! ¿Pues qué no quieres seguirme; y no te avergüenzas de escusarte baxo el pretexto de una imposibilidad imaginaria? ¿tienes acaso menos fortaleza, y menos ánimo que esta multitud innumerable que ves caminar tras mis pasos? Pues esta, oyentes míos, es una imagen natural de lo que pasa en este dia entre la Iglesia y sus hijos: uno de los artificios mas familiares de que se vale el amor propio para mantener al pecador en

sus desórdenes, es exágerarle la dificultad grande que hay en vencerlos; y así quando éste se vé precisado á hacer algun esfuerzo para sacudir el yugo de semejante tiranía cree que se pone á cubierto con decir: yo quisiera hacerlo; pero no puedo. ¿Qué executa, pues, la Iglesia en este dia para confundir un defecto tan ordinario y pernicioso? Me parece que se presenta con un aparato semejante al que hirió en otro tiempo los ojos y el corazon de San Agustín, y que puesta á la frente de esta augusta compañía, que sirve de objeto en la presente solemnidad, con un semblante risueño, nos alarga las manos llenas de una infinidad de buenos exemplos, como

136 *SERMON*
dice San Agustin: *pias manus, ple-
nas gregibus bonorum exemplorum;*
y mostrándonos en la comitiva que
la acompañan, una variedad admi-
rable de hombres, mugeres, niños,
viejos, grandes y pequeños que en
la desigualdad de condicion, sexò,
y edad, triunfaron de sus enemigos,
nos dice amorosamente estas tiernas
palabras: *tu non poteris quod isti,
& quod istæ?* ; O almas floxas! ¿no
os avergonzais de alegar pretextos
frívolos, y dificultades imaginarias,
para continuar en vuestros desór-
denes?

No podemos, dicen muchos Chris-
tianos, dexar el mundo, ni renun-
ciar á sus máximas; porque nuestro
nacimiento nos empeña en ello; y

DE TODOS LOS SANTOS. 137
porque otras mil razones de bien-
parecer nos fuerzan á seguir su tor-
rente. Pues ved aquí, quantos co-
mo vosotros han hallado el secreto
de salvarse de la corrupcion por el
generoso desprecio que hicieron de
sus atractivos y encantos, aún en
lanzes mas apurados que los vues-
tros: vosotros á la menor propuesta
que se os hace de que mortifiqueis
una carne que habeis alimentado de
delicias y de iniquidades, os alte-
rais, os rebelais, y os escusais baxo
el pretexto de una delicadeza de
complexion, que no os permite to-
lerar la austeridad del Christianismo:
y con todo, nada hay mas comun
entre esta tropa triunfante que ca-
mina baxo mis estandartes, que el

ver hombres y mugeres que unieron la penitencia á la inocencia; y que en cuerpos formados de una sangre mas noble que la vuestra, y de un temperamento mas delicado, sufrieron constantemente no solo lo que la Religion ordena, sino tambien lo que aconseja. Ved, pues, cobardes tantos exemplos que os confunden y condenan. Aún digo poco, no solo nos condenan, sino que destruyen todos los pretextos que el amor propio puede buscar para su defensa. El Santo hombre Job nos advierte esta verdad, en sentir del Padre S. Gregorio el Grande, por estas bellas palabras que dirige á Dios: *instauras testes tuos contra me, & multiplicas iram tuam.* ¡Oh, Señor,

Vos presentais testigos contra mí! ¡ Vos redoblais vuestra colera, y mis penas me cercan por todas partes! Estos testigos que presenta Dios contra el hombre, quando le llama al Tribunal de su Justicia, son los Santos, como dice el mismo P. S. Gregorio: esta multitud de escogidos, cuya vida fue pura y santa, es la que opone á nuestra vida depravada para reprehenderla: su santidad tan contraria á nuestra corrupcion es un testimonio público é incontrastable sobre el que instruirá Dios nuestro proceso, quando quiere pronunciar la sentencia.

En efecto, oyentes míos, nada hay en los Santos que nos pueda servir de descargo; antes al con-

trario todo conspira á cargarnos mas: porque en fin, ¿no tenemos nosotros la misma fé, los mismos Sacramentos, y la misma gracia para santificarnos, y sostenernos, hacernos combatir, y vencer? Si los Santos con estos socorros pudieron imitar á Jesu Christo en sus acciones las mas heroicas, ¿por qué no podremos nosotros imitarlos á ellos á lo menos en las acciones comunes y ordinarias? Esta es la reflexion que hace San Juan Chrisóstomo sobre estas palabras del Apóstol: sed imitadores míos, como yo lo soy de Jesu-Christo: si éste por naturaleza Divina es muy elevado para vosotros; yo no soy sino hombre como vosotros, concebido en pecado,

con un cuerpo mortal en donde la ley de la carne, y del pecado se rebela con tanta violencia, quanta habeis podido experimentar en el nuestro; seguid, pues, á imitacion mia á este Hombre-Dios. ¿Dirémos acaso, que la naturaleza no nos dió inclinaciones tan felices, como á estas almas escogidas, y que por lo mismo somos mas excusables en nuestros defectos? ¡O hermanos míos, ya hace mucho tiempo que San Ambrosio refutó este ridículo motivo quando dixo, que no debiamos atribuir la gloria de las virtudes que practicaron los Santos á la bondad de su naturaleza, sino á la exactitud de su conducta: y que si ellos no cayeron, no fue porque no hu-

biesen sido tentados por el atractivo del vicio como lo somos nosotros, sino porque trabajaron en defenderse, lo que nosotros no hacemos. Cesemos, pues, de esperar, que nuestra fragilidad sirva de contrapeso á nuestros delitos en la balanza del Santuario: pues la vida de los Santos desvanece enteramente esta idéa. Estos grandes hombres, dice un piadoso autor, parecieron en la carne con todas las enfermedades de la carne, sin que estas flaquezas les pudiesen impedir el que triunfasen de la carne: la fragilidad del vaso en que llevaban su tesoro, no sirvió sino para reelevar mas la gloria de su fidelidad en conservarlo entero en medio de tantas ocasiones

de romperlo, y perder el tesoro que estaba encerrado en él. ¡O fragilidad humana! concluye: ¡vuestras excusas no son legítimas, si os dexais vencer tan facilmente! Lo que estos Heroes del Chistianismo hicieron, prueba evidentemente que lo pueden hacer otros hombres; y que si no lo hacen, no pueden evitar la condenacion pronunciada contra el siervo floxo y perezoso.

¿Pero qué no habrá algun recurso para evitarla? ¿No podemos esperar, que aunque sea grande la diferencia que se halla entre los Santos y nosotros; entre nuestra vida y la suya; entre sus victorias y nuestros defectos, movidos de compasion para con nosotros, medien con Dios

á favor nuestro? No, oyentes míos: esta es ilusion; porque en fin, pregunta el mismo Autor: ¿con qué fundamento nos podemos prometer el socorro de aquellos, cuyas instrucciones y exemplos despreciamos y combatimos? Una muger esclava de sus pasiones, y ocupada toda en comercios de galantería, ¿podrá esperar razonablemente la proteccion de estas Vírgenes esposas del Cordero, á quienes la pureza es tan agradable? Un hombre soberbio y orgulloso ¿tendrá por protectores y patronos á los Santos que pusieron sus delicias en ser humildes? ¿qué apoyo hallará el vengativo en aquellos que siempre fueron animados del espíritu de caridad? ¿có-

mo esperará el avariento encontrar partidarios en un País donde triunfa la liberalidad para con todos? Sería necesario haber perdido el juicio, y cerrar los ojos á todas las luces de la razon, para dexarse llevar de una opinion tan extravagante. Tratemos, pues, de tener por amigos á unos enemigos tan temibles: el arbitrio para conseguir esta amistad, es amar lo que ellos amaron, aborrecer lo que aborrecieron, y condenar lo que condenaron: si lo hacemos así, podemos estar seguros de que veremos lo que ellos ven, gustaremos lo que gustan, y poseeremos lo que poseen en la bienaventuranza eterna, *quam mihi, & vobis, &c.*